

VELAZQUEZ y EL GRECO

Al hablar sobre Velázquez en Toledo, nos parece obligado el referirnos a las posibles relaciones que haya entre el pintor sevillano y el cretense. La pregunta sería: ¿qué debe el pintor Don Diego Velázquez a Domenico Theotocópuli?

Parece que le debe bastante, pero no mucho, pues es muy dudoso el que contemplara obras de éste en Sevilla, cuando iban a embarcarse para América, pues no tengo noticias de que en la América hispana hayan aparecido muchas obras del pintor más insigne que viviera en Toledo.

Velázquez es un hombre de arte sereno, poco apto para sugestionarse rápidamente por obras ajenas, a su modo de ser; y la contemplación de las producciones de Madrid y Toledo, ocurre cuando ya estaba muy formado en lo fundamental de su oficio.

No pueden negársele contactos, pero

Ofrecimiento

En este año de 1960, se cumple el tercer centenario de la muerte de Velázquez, el artista que, aun a su pesar o a su placer, embebido su arte en fuentes avasalladoras que tuvieron su solar en la Ciudad Imperial; en un Toledo que, si el pintor estimó, el hombre no vivió.

A Diego Velázquez, bético, español, atlántico, mediterráneo, universal, ofrece «Estilo» esta sencilla ofrenda de humildes expresiones en su inmarcesible memoria.

más bien de cosas que se toman consciente o inconscientemente, pero que se eliminan si no coinciden con su temperamento. La sensibilidad de ambos era bien diferente. Velázquez

tenía un espíritu ligeramente melancólico, que mira al mundo serenamente desde arriba, desde la alta colina de su propia personalidad. El Greco, por el contrario, era alma fuertemente atormentada, aunque comprimido con un fondo siempre igual, pero liberado en Toledo.

Tampoco sus obras fueron muy análogas y sus caminos fueron distintos. Domenico, desde Creta, salta al lujo italiano del Renacimiento y, después del esplendor de Venecia y el lujo de Roma, se sepulta en el complejo Toledo, sinfonía en gris plata de culturas viejas. El uno, funcionario aulico y pintor de Corte; el otro, suministrador de cuadros religiosos de la mayor Archidiócesis Primada de las Españas. El primero contempló la Corte con inquietante desdén; el segundo anhela el cielo entre notas de músicas que endulzan una posible sensación de angustia.

Que el pintor sevillano se fija en el que vivió en Toledo y se fué de la vida nueve años antes de que Velázquez se radicara en Madrid (1623) —lo que no

es una gran distancia en el tiempo del arte—, no cabe duda alguna. No sólo le admiró, sino que hizo que Felipe IV se interesara por él, haciendo que se llevara los laterales del altar mayor de San Vicente al Escorial, creyéndose que las copias que quedaron aquí son de mano de Don Diego.

Esta segura admiración y primer gran momento de interés por el Greco fuera de Toledo, produce en Velázquez tres tipos de contactos, a saber: distribución de las masas en el cuadro, influjos de paleta y toque de amplia pincelada y de franco brochazo, tan característicos de sus etapas finales.

La distribución de las líneas, masas y poses, se acusan en varios retratos, sobre todo en el del Papa Doria Panfilio, Inocente X. Es obra reputada como el mejor retrato de Papa en el mundo, y del que decía Reynolds que era la

